

Camilo Branchi

Un duelo de Mussolini

En 1915, Benito Mussolini no era todavía el Duce sino un periodista batallador de renombre europeo, colega de nuestro colaborador Dr. Camilo Branchi, el cual asistió al duelo como padrino del adversario, el abogado Libero Merlino. El relato del encuentro no pudo publicarse en Italia por la censura fascista, pero vió la luz, en inglés, en la revista "Coronet" de los Estados Unidos. Es esta la primera versión en castellano.—N. de la D.



N otoño de 1914, cuando, detenida en la llanura de Francia la marea de von Moltke, se denunciaban en la prensa mundial las atrocidades alemanas en Bélgica, Alemania invitaba a los periodistas de las naciones neutrales para que visitaran los frentes de batalla no sólo para tratar de desvirtuar las acusaciones, sino también para impresionar, a través de los neutrales, la opinión pública de los aliados con la descripción de su formidable aparato bélico. De Italia concurrió una decena de periodistas entre los que sobresalía el doctor Licurgo Tioli, inseparable amigo y compañero mío de aventuras excursiones en Libia cuando, al servicio del "Corriere della sera", seguíamos allí las operaciones militares. Después de un mes los periodistas repatriaron y, a pesar de su espíritu impar-

cial, la impresión que produjeron sus artículos entre el público fué de favoritismo hacia los germanos. La prensa intervencionista se desató contra ellos tachándolos de "vendidos" a tal extremo que Tioli, en defensa de su propia dignidad, tuvo que querellarse contra "Il secolo" de Milán. No hay que olvidar que en esos días el ambiente era una mina de pólvora pronta a explotar y que Italia —trizándose sus viejos partidos— se estaba dividiendo en intervencionista, abstencionistas, panzafiquistas y otras facciones.

En verdad yo no había estado en la comitiva de los periodistas invitados a Alemania por la sencilla razón de que apenas entonces había regresado de mi vuelta al mundo interrumpida a medias, en una cama del Hospital Italiano de Lima, por la declaración de la guerra europea y por un misterioso *denque* que había contraído en el desierto de Tarapacá.

El proceso tuvo lugar en enero de 1915, ante el tribunal de Milán. Pero se desarrolló en una atmósfera tan cargada de electricidad que, a más de producir la consiguiente efervescencia en todo el reino, movilizó las diversas fuerzas antagónicas proporcionándoles las primeras e inocuas armas de la batalla verbal: diatribas, insultos, sarcasmos y vituperios.

Debido al afecto fraterno que me ligaba a Tioli me había detenido en Milán siguiendo con viva curiosidad el debate y saboreando todos sus entretelones con los resquemores y las intrigas y los apasionamientos que aquella hora histórica producía en todas partes —en las aulas, en los corredores, en las redacciones— para terminar desahogándose, las más de las veces, frente a un clásico "osso-buco" en el restaurante Savini de Galleria Vittorio Emanuele. Una tarde Tioli me abocó a quemarropa:

—Te elegimos como padrino para el abogado Merlino.

—Sin . . .

—Ciento, sin consultarte. No puedes negarte. Debes ir esta misma tarde con el abogado Cortini a desafiar a Mussolini, el director del "Popolo".

¿Pero de qué duelo se trataba? Eso sí que había oído el mismo día en los corredores del Palacio de Justicia la noticia de una agria disputa terminada en un par de bofetadas, pero no le había prestado mucha atención ya que semejantes incidentes en tiempo de las mayores violencias no atraían el interés de nosotros los correspondentes de guerra en servicio activo desde hacía años. Supe, sin embargo, que uno de los abogados de Tioli —Libero Merlino, extraño tipo de anarquista “aristócrata” e intelectual— había profetizado la injuria de... calificar de poco valor a Benito Mussolini, amigo suyo en tierra de destierro, y había recibido en compensación ese par de caricias. Las cuales, sin respuesta por la intervención de terceros, habían movido al anarquista, librándose del fardo de su propia ideología, a descubrir en el pálido rostro la positiva realidad del honor burgués deseando borrar la afrenta en un singular encuentro a la última sangre.

Conocía a Mussolini —entonces era el “director” y no el “Duce”, que aun cuando descubría la garra no mostraba todavía la melena de león— le conocía, digo, más de renombre que de persona por haberlo encontrado como colega en los cafés de moda y en las salas de la Asociación Lombarda de Periodistas. Debo confesar que en ese entonces abrigaba para el director del “Popolo” una viva simpatía, ya sea por sus consistentes artículos, ya sea por su ponderación y equilibrio, ya sea por ese espíritu agresivo que desplegaba en sus luchas partidarias. Y así, lejos de ser anarquista, sino un apolítico que relegaba a la masa la pertenencia a los partidos políticos pues no admitía limitaciones mentales a su libertad, me encontraba, sin derecho de apelación, padrino de uno de los más notos anarquistas de Italia.

Abordamos a Benito Mussolini, esa misma tarde, en la dirección del “Popolo d’Italia”. Recuerdo Via Paolo da Cannobio, una callejuela de la vieja Milán, empedrada con adoquines, luciente por su barniz secular, triste por caduca vejez que me hacía pensar al tiempo de la famosa peste manzoniana. Y en la callejuela una casona,

comprimida entre las adyacentes, sombría también ella, trasudando el humor gris de las neblinas milanesas; y, detrás de una maciza puerta un antro oscuro, un modesto patiecito, una escalera rampante, y, por último, el piso humilde pero que cobijaba a un puñado tenaz de mosqueteros de la idea.

Una plancha externa que decía *Redazione* indicaba el uso de las piezas internas. Y en efecto todas las visibles mesas aparecían repletas de cartillas y de diarios así como las paredes empapeladas de recortes y de órdenes del día. En la puerta de la dirección resaltaba una frase mussoliniana: *Quien me visita me honra, quien no me visita me hace un favor.* Entramos. Nuestra aparición, inmediatamente señalada arriba, nos confirmó lo que se susurraba afuera: que la redacción del "Popolo" era una *block-house* incrustada en los ruinosos muros de un edificio donde la vigilancia no cesaba jamás en esos tumultuosos días en que la Cámara del Trabajo y el "Avanti" sólo esperaban la palabra de orden para lanzar las masas "proletarias" contra "los traficantes de guerra y los vendidos al oro francés".

Fuimos acogidos con miradas sospechosas, con dilaciones evasivas, en medio de argumentos contemporizadores que nos revelaron la perplejidad de romper o no una rígida consigna. Al fin comprendieron y nos acompañaron arriba.

¿Un duelo? Nada más que un duelo cuando se esperaba un asalto, un asedio, una batalla? ¿Cuándo en el frente de media Europa rugía el cañón? ¿Cuándo en Italia ya se presentía, incomprendible, la explosión?

* * *

La dirección era una pieza pequeña y modesta, desde cuya ventana se dominaba un paisaje de techos grises. Pegado a ella estaba un escritorio lleno de varios papeles, debajo de los cuales se veía un monumental tintero, una piedra redonda y una tacita de café.

Contra la pared estaba un estante con libros, revistas, diarios, una cafetera; y, colgado, un pendón de seda negra, en cuyo centro resaltaba blanco, una calavera con un puñal entre los dientes.

Benito Mussolini estaba erguido junto a la mesa. Se había levantado para recibirnos y nos miraba de arriba abajo con ojos escrutadores que parecían encenderse en su rostro severo. De estatura más que mediana, rechoncho, más bien que robusto, con una cara que, vivaz sólo en la mirada, extendía un mentón granítico revelador de una voluntad inflexible, no pronunció sílaba mientras esperaba de nosotros una explicación.

Cortini era abogado; razón por la cual nos introdujo. Yo me dediqué a apoyarla observando, mientras tanto, el ambiente con ojos de periodista. Cortini fué breve como la circunstancia lo requería; y el director del "Popolo", como única respuesta a nuestro desafío, llamó con dos gritos secos:

—¡Morgani! . . . ¡Giuliani! . . . —y apenas estos caballeros se hicieron presentes en el umbral, nos dijo señalándolos: —pueden entenderse con ellos. Son mis representantes.

A pesar del aspecto hostil nos hicieron pasar cortésmente en la redacción: el primero, el elegante administrador del diario, gordito y de rostro redondo, hacía gala de un severo entrecejo; el segundo, secretario de redacción, alto, delgado, nos sonreía nervioso con esa impaciencia que ocultaba su íntimo pensamiento: "Vayan ustedes al infierno, queridos señores".

Contracambiamos las tarjetas de visitas y se decidió en el acto de encontrarnos, la mista tarde, en un lugar neutro —en el *Corso Hotel*— para la primera reunión. A la cual tuvimos que agregar una segunda debido a las largas discusiones sobre la gravedad de la ofensa y sobre las modalidades del encuentro. Libero Merlino, el desafiante, como apuesto caballero del buen tiempo antiguo, deseaba lavar la ofensa en la última sangre, y Benito Mussolini declaraba que aceptaba todas las condiciones del adversario. Nuestra tarea de padrinos, dada la cuestión personal motivada por

razones políticas, era la de atenuar el resentimiento de las partes tratando de resolver en el modo menos cruento posible y, al mismo tiempo, más digno, la caballerosa contienda. Estaban, pero, de por medio las bofetadas y pedían venganza...

Nuestras reuniones se caracterizaron por una seriedad llena de reserva, especialmente, porque, con excepción de los dos padrinos adversarios, ninguno de nosotros se conocía íntimamente. Parecían, mis compañeros, jueces en un consejo de guerra. Ostentaban la importancia y la gravedad de personajes históricos. Entonces, yo veía también en el trágico, el aspecto cómico. Recuerdo al abogado Cortini, a cada rato con el Código de Honor entre las manos afanándose en interpretar sus artículos e inflándose de su competencia profesional; recuerdo a Morgani, con su aire de Don Juan, preocupado de no faltar a las misteriosas y galantes citas mientras opinaba sobre las condiciones con un apego lleno de compromiso; recuerdo a Giuliani nervioso, desconfiado pero simpáticamente servicial, quien sacrificaba todo para que todo terminara pronto; y, finalmente recuerdo ese señor que se me metió entre ceja y ceja, desprejuiciado hasta el chiste, que se deshacía en gentileza ofreciendo licores y cigarrillos, y cuyo función principal era la de asentir cuando el abogado Cortini emitía una de sus cuerdas y reposadas sentencias, lanzando todo el léxico ambiguo de los:

—¡Claro! ¿Cómo no? ¡Por supuesto! ¡Claro que sí! ¡Claro que no!

Entonces no le daba importancia a un par de estocadas o a un par de balazos después de haber visto, en los teatros de la guerra del mundo tantas sangres derramadas, y, también, porque a través del lente de la juventud todo adquiría un color de heroísmo y un perfume de aventura.

Por fin se llegó al acuerdo inevitable de un encuentro con arma blanca. Lugar: en el salón de la Alhambra. Día: el próximo martes. Hora: a las 8 de la mañana. Arma: el sable, sin exclusión de golpes.

* * *

Con frío intenso, alboreó, también, ese 2 de febrero de 1915. El cielo encapotado de nubes amenazaba lluvia.

Faltaban pocos minutos para las ocho cuando un automóvil se detuvo frente al restaurante de la Alhambra, en la plaza Sempione; y descendieron tres personas: Merlino, Cortini y yo. En el vasto salón ya esperaban los médicos —tres profesionales de alto renombre: Guido Bonzani, Ambrogio Binda y Ricardo Pozzi—. Entramos con el aspecto de distinguidos burgueses que casualmente se encuentran para paladear un buen café matutino, y ya estábamos por sacarnos los abrigos cuando de repente la tranquila escena se transformó. Un grupo de *detectives* irrumpió por varias puertas, y lo que parecía el jefe se dirigió hacia nosotros y, mostrándonos la banda tricolor debajo del abrigo entreabierto, nos intimó:

—No se muevan, señores, por favor!

Quedamos atónitos. Habíamos reconocido en el jefe a una popular figura de la Comisaría Central de San Fedele. Se llamaba Rizzo. Era el Delegado de la Escuadra Móvil que, más tarde, en momentos más graves, tendría el encargo de arrestar a Mussolini. La policía no había quedado inactiva. Se nos había vigilado, seguido y descubierto nuestros planes. Las bofetadas del director del "Popolo" se habían repercutido sonoramente por la ciudad y las autoridades estaban alertas.

Asistimos resignados al secuestro de las armas, y el Delegado ya estaba dándonos, con deferente cortesía, el consejo de regresar a nuestros hogares cuando, sin nada sospechar, a las 8 en punto, irrumpió en el salón la otra comitiva. Mussolini, que precedía el estado mayor del "Popolo", se detuvo de inmediato ante la inusitada escena y, después, con intencional desenvoltura, se dirigió hacia el señor Gallarati, director del lance, como quien va a saludar a un amigo. El Delegado Rizzo se adelantó:

—Tengo que notificar a los señores que este duelo no puede efectuarse. La ley lo prohíbe así que les ruego de retirarse para evitar medidas más graves.

—¿Y los sables? — se aventuró a decir Cortini viendo que dos *detectives* estaban aligerando al colega Giuliani de la custodia de las armas.

—¡Quedan secuestrados!

—¡Protesto contra esta intromisión de la policía en asuntos privados! —dijo entonces Mussolini. Sin embargo, su protesta faltó de energía, tal vez, por la convicción que la policía actuaba legalmente, según un sano criterio. Después de un breve silencio, agregó:

—¡Muy bien! ¡Hasta luego, señores!

Merlino, taciturno, se había quedado aparte como si todo esto no le interesara. Con los médicos nos dirigimos hacia la puerta, dejando el campo libre a la policía mientras Giuliani me susurraba:

—Entonces a las 11 a Restocco. En la posada de San Cristóbal.

Nos separamos. Los autos se dirigieron en diferentes direcciones desapareciendo veloces por las avenidas del parque. El nuestro pasó rápidamente de una calle a otra, de una plaza a una avenida, parándose aquí, acelerando allá, utilizando, en fin, decenas de trucos con el propósito de despistar a la policía quien a la sazón —oh hermosos tiempos— aún pedaleaba en bicicleta. Porque Cortini y yo, cándidamente ignorábamos que las disposiciones contra el duelo, siendo tan blandas, daban sólo en un primer momento, facultades a la autoridad para intervenir con el objeto de secuestrar las armas en homenaje a la majestad de la ley, pero que posteriormente se desinteresaban del asunto opinando que un lance de honor no se podía ni debía impedir. Vieja mentalidad de los caballeros andantes que, algunos años después, el Duce mismo eliminaba haciendo un oportuno proyecto de ley.

* * *

Restocco. En la hostería de San Cristóbal.

Un rústico caserón blanco, con el techo sobresaliente de tejas rojizas, asomado hacia la carretera que costea el antiguo canal, llamado Naviglio. Una puerta en la modesta fachada y sobre ella un lacónico pero elocuente letrero que encierra todo el amor lombardo en materia del licor de Baco: "¡Vino Bueno!"

En el interior un amplio cuarto gris, lleno de mesas, con una gran chimenea roja de cepas ardientes semiocultada por el panorama circular de una rolliza joven campesina que, inclinada hacia el fuego, estaba ocupada revolviendo la tradicional polenta. A un lado una puerta vidriada y, afuera, un gran patio en que se veía una pista destinada al juego de las bochas, entre un parrón y algunos desnudos arbolitos.

Nos habían precedido. Ya nuestros adversarios con el director del encuentro y los médicos se hallaban en el terreno y lo habían despejado de tres carreteros que a toda costa querían terminar un partido de *mora*. Iniciamos allí preliminares del lance. En el silencio solemne que acompaña ese rito medimos los sables, sorteamos los que se debían usar y elegimos el puesto que cada uno de los adversarios debía ocupar respecto a la posición del sol que, por suerte, ese día no quiso aparecer.

Nuestros apadrinados parecían tranquilos. Merlino, como ausente a lo que le rodeaba; Mussolini, atento, con las pupilas inquietas, listo tanto para el ataque de las armas como para el ataque verbal, traicionando ese nerviosismo innato en su persona siempre presente, siempre alerta.

Ambos se desprendieron de la chaqueta y del chaleco, quedando en mangas de camisa. El frío se hacía sentir. La luz del día, uniformemente repartida, semejaba un alba pálida. La campiña se hallaba sumida en una austera tristeza envuelta en la bruma de las nubes bajas.

Estábamos listos. En el campo opuesto los padrinos rodeaban a su "director" y discutían. Hasta nosotros llegaban sus voces quedas. De parte nuestra alentamos a Merlino como se acostumbra en tales casos. Parecía una esfinge. Por fin nos sonrió estrechándonos la mano.

Acompañamos a nuestros apadrinados a una de las canchas de bochas y los colocamos uno frente al otro. Se quedaron firmes, los sables bajos, sin pestañear, a la espera —más indiferentes que dos esgrimistas profesionales—. En seguida el director del duelo —el señor Gallarati— se colocó en el centro del recinto adyacente y alzando el sable, anunció:

—¡Listos, señores!

Después del saludo de rigor, se inició el primer asalto. Fué un asalto prudente, de tanteo, para medir la fuerza del competidor, para adivinarle el juego, para decidir la propia línea de conducta. No se demostraban muy expertos en el juego de las armas y se adivinaba, por su inexperiencia, que días antes se habían precipitado a una sala de esgrima a fin de probar el pulso y los nervios. Cautos en el ataque, recelosos en la defensa, ambos demostraban la misma fuerza: tenaz por parte de Merlino por la injuria que todavía le quemaba las mejillas; agresiva por parte de Mussolini por su espíritu batallador. Dos temperamentos antagonistas: Merlino frío como un nórdico y de fisonomía imperturbable; Mussolini, latino por excelencia, con la máscara del rostro movilísima debido a la expresión de sus ojos, al movimiento de sus labios, al arrugar de su frente. El primero, compasado, calculador, duro, a la defensiva; el segundo, flexible, impulsivo, apremiante, a la ofensiva.

En un principio el lance se desarrolló lentamente. De la posición de guardia ninguno de los dos quería deshacerse para atacar primero, de modo que una serie de "fintas" vinieron a estrellarse en la guarnición de las armas sólidamente extendidas. No brillaban en el aire las hojas de acero; pasaban flojamente sin buscar todavía el blanco por la distancia que se conservaba entre ambos. La

táctica temporizadora estaba ya por abandonarse y se notaba ya una mayor movilidad en las puntas de las tersas hojas cuando el acosar del director del "Popolo" colocó al adversario con las espaldas en la pared. Así terminó el primer asalto y el señor Gallarati se apresuró a colocar de nuevo a los contendores en el punto de partida.

El nuevo asalto fué más vivaz. Ya se había roto la timidez; los pulsos se habían calentado, las tácticas descubiertas, las fuerzas reveladas. Eran más rápidos, más enérgicos, más vibrantes. Mussolini pasó decididamente a la ofensiva; Merlino no abandonó su guardia casi perfecta esperando que el adversario presentara un punto vulnerable. Ahora los sables hendían el aire, resbalaban, rebotaban. A veces se abatían fendientes; a veces, resbalando sobre las hojas, morían en la empuñadura. Cada metro cedido por nuestro apadrinado correspondía a un ataque lanzado por el adversario. Merlino retrocedía sin darse cuenta, favoreciendo su táctica defensiva, acosado siempre más de cerca por su contendor. En realidad el joven director del "Popolo" demostraba una cierta superioridad, más que por su técnica, por su persistente arremetida. Sin embargo, el retroceso de Merlino podía esconder una maniobra encaminada a hacer que su contrario se descubriese. A veces los ataques eran tan rápidos y decididos que presentíamos inminente la acción definitiva y, con el respiro en suspenso, esperábamos el resultado de una estocada que, gallardamente lanzada, se perdía, por suerte, en el vacío, puesto que el anarquista prevenía el golpe retrocediendo con ojo vigilante. Así al igual que el primer asalto, también el segundo terminó contra la pared después de pocos minutos.

Siguió el tercero. Y fué furioso. Ya no hubo escaramuzas, ni ensayos. La prudencia de los primeros asaltos era ya un recuerdo remoto. Ambos adversarios querían llegar a una solución: Mussolini más que Merlino. Ahora el director del "Popolo" combatía con una impulsividad tan temeraria que nos hacía temer un trágico desenlace. No más golpes, sino estocadas y fendientes y reveses y

cintarazos que caían con violencia como si los sables fuesen palos. Siempre recordaré ese asalto por su intrépida furia. Aquí como nunca se demostró la inexperiencia de los esgrimistas; es decir, la falta de una escuela cuidadosamente aprendida. Porque fué un lance tan rico en locas estocadas que habría bastado una de ellas para decapitar al adversario. La impericia hacía temerario el asalto.

La perfecta guardia de Merlino no se abría. Con la empuñadura extendida hacia adelante, como centro de defensa del cuerpo, paraba y anulaba los fendientes de Mussolini cada vez más apremiante, cada vez más agresivo. Sus rostros parecían que se hubiesen petrificado. A la impasibilidad vigilante del anarquista se oponía la máscara impenetrable del intervencionista —esa máscara de napoleónica memoria que cubría el rostro del Duce en los momentos críticos— amalgama de frialdad, de voluntad, de dureza, y de osadía.

Parecía que bajo cada fendiente el exiguo cuerpo de Merlino cediese y se partiese. Pero los golpes quedaban cortos: desviados y parados. Los sables se acercaban, se entrecruzaban, se golpeaban con impactos metálicos resbalando en un chispear rápido y rumoroso hasta detenerse en las guarniciones. Merlino buscaba, sin duda, en la vehemencia del adversario, el instante propicio para asestar el golpe de gracia. Mussolini, con arrojo viril, se exponía demasiado intentando golpear a fondo. Con verdadera admiración recuerdo ese furibundo golpear de sables tanto que pienso que si no hubo un desenlace fatal se debe justamente a ese desprecio, en ambos, por la vida.

De improviso —rápido como un rayo— un choque, un zig-zagueo, un latigazo y un salto hacia atrás de Mussolini en atenta guardia. Sobre el hombro derecho de Merlino, por entre la camisa rasgada por el acero, apareció una mancha rojiza que, ensanchándose, se hizo purpúrea. No vaciló el anarquista: sostuvo erguido, inmóvil, mirando al adversario quien, sin saberlo, también perdía sangre de su brazo derecho. Una fulmínea parada había detenido el

sable del director del "Popolo" cuando ya la punta penetraba en el cuerpo de Merlino, al mismo tiempo que la hoja de éste rasgaba el brazo del adversario. Ambos heridos, el segundo más seriamente que el primero.

—¡Adelante, caballeros! —exclamó Mussolini, apenas advirtió la sangre que se deslizaba por su brazo, con el evidente propósito de demostrar a los presentes que su herida no era grave.

Pero el asalto se suspendió. Y cada uno de nosotros rodeó al propio duelistा, ayudando a los médicos. Nada grave, en verdad. Sólo la voz del director del "Popolo" rompía el ansia de la espera.

—¡No es nada! ¡Un rasguño!

El anarquista, sin proferir palabra, observaba. Le detuvieron la hemorragia con dificultad. Tal vez se sentía molesto entre nosotros, testigos de una hora, pero no compañeros de fe.

La hemorragia nos ofreció el pretexto para proclamar la inferioridad de uno de los adversarios y así poner fin al duelo. Verdaderamente, el encuentro habría podido continuar; aún más, habría sido nuestro deber, según el Código del Honor, decidir que prosiguiera; pero, teniendo presente que no sólo la primera sangre había sido derramada, sino también la segunda y que, por lo tanto, el honor podía considerarse satisfecho, y que los contrincantes se lanzaban uno contra otro con tal furia que el duelo degeneraba en un encuentro demasiado peligroso, decidimos suspenderlo. Y fué una decisión cuerda porque, dada la creciente violencia, ese día tal vez, evitamos una desgracia parecida a la que diecisiete años antes había sido fatal al poeta Félix Cavallotti.

El abogado Merlino, sin objeciones, aceptó el veredicto con su calma desdenosa; pero cuando vió venir hacia sí a Mussolini, acompañado por sus padrinos, también él se movió —extendiendo la mano para la reconciliación— y estrechó la de su antiguo amigo y rival con una sonrisa en que todo rencor se había esfumado.

—¡Bueno! ¡Tienes *pana*! —exclamó el director del "Popo-

lo"—. Reconozco que en ti, también, no falta ese "poquito de valor" que suponía en mí.

Así terminó el duelo, disputado en la tristeza invernal de la campiña lombarda, entre dos adversarios al par valientes y leales; y fué en miniatura el duelo gigantesco que más tarde debía combatirse en la entera nación entre todos los partidos, y en que la agresividad de Mussolini no era más, en embrión, que la táctica de su genio que —una vez eliminados los opositores íntimos— debía llevarlo hasta Palazzo Venecia y, desde la cumbre del efímero imperio, hacerlo caer, por fin, no bajo el plomo de un justiciero, sino bajo el de un asesino.